

cantares de la última, cuando adoptada por ella el habla vulgar, recibe exclusivamente el impulso de la muchedumbre. Tenían ambos sentimientos por símbolo visible la religión y la guerra; y no otro debió ser el númen de los poetas populares desde el momento de existir las hablas romances, según antes de ahora dejamos advertido. Así cuando llevados los semidoctos del amor que ya les inspira el habla castellana, y anhelando erigirla en lengua literaria, comenzaron á escribir aquellas producciones esencialmente populares, á que servía de expresión, fueron naturalmente la devoción y el patriotismo alma de aquellos primeros monumentos, que recogían al par las piadosas tradiciones de los santos y las generosas proezas de los héroes.

Tan estrecho consorcio, hijo de la misma situación del cristianismo puesto en lucha eterna con el Islam, sobre presentar los mismos caracteres que hemos reconocido, al examinar los primeros historiadores de la reconquista, muéstranos también que respondiendo la poesía vulgar á la gran necesidad que le daba aliento, venía á revelar á las generaciones futuras, así los deseos y creencias del pueblo español, como su estado intelectual, descubriendo al propio tiempo los gérmenes de vida que atesoraba aquella lengua, por más que apareciera todavía en agreste cuna. Á tres se hallan reducidos por desgracia los monumentos que han llegado á nuestros días, para enseñarnos lo que en tan apartada edad era y significaba el sentimiento religioso; y todos tres han sido ya mencionados por nosotros, al estudiar los orígenes de las formas artísticas de nuestra poesía ¹. Todos merecen ser detenidamente examinados bajo el punto de vista filosófico y literario, porque como observa con no poco acierto un historiador respetable, «los primeros padres..., los primeros instituidores de todo arte deben ser tratados con cierta particular distinción» ², lo cual no sin razón aplicaremos nosotros á nuestros primitivos poemas.

Son estos los dos que llevan por título ³ *Libro de los tres Reyes d'Orient y Vida de madona Santa Maria Egipciaca*, y el que,

¹ *Ilustraciones* III, IV y VI de la I.^a Parte, II tomo.

² Tiraboschi, *Storia della Letter. ital.*, tomo IV, lib. III, cap. III.

³ Códice III, K., IV. de la Biblioteca Escorialense.

desconocido hasta ahora en la historia de las letras patrias, se conserva en la Biblioteca Toletana ¹, y tiene también por asunto el nacimiento de Jesús y la adoración de los reyes magos ². Los caracteres especiales que su metrificación ofrece, presentando estos poemas, como producciones escritas en el período que media desde que la imitación latino-eclesiástica se deriva á la naciente poesía vulgar, hasta que propende esta á fijar en cierto modo sus formas, no pueden dejar duda alguna, tras largo y maduro exámen, de su antigüedad respetable. Persuádenla igual-

¹ Lleva la marca C. 6, n. 8.

² Tan raro monumento, cuyo valor histórico nos proponemos dar á conocer en el presente capítulo, se halla en un códice en 4.^o vitela, escrito á dos columnas, de letra al parecer del siglo XI, el cual encierra: 1.^o *Glosa super Cantica Cantorum*; 2.^o *Glosa super Lamentationes Ieremiae*, ambas obras nutridas de aquella erudición que caracteriza las escuelas eclesiásticas de la edad media. Digno es de tenerse presente, para comprender cómo se han conservado y transmitido á nosotros muchas de las producciones de época tan apartada: el poema de los *Reyes Magos*, que este título parece convenirle, está escrito, como si fuera prosa, al final del segundo tratado, donde haló el trasladador ó copiante algunas fojas en blanco, que le vinieron de molde para su intento. Lástima que no lo concluyera. En el número I de las *Ilustraciones* de este volumen lo reproducimos por completo, en la forma más á propósito para apreciar su valor literario y con la fidelidad ortográfica que exige este linaje de obras. El facsímile que ofrecemos, dará cabal idea de la época en que fué escrito, si bien conviene advertir que el trasladador no era gran pendolista.—Este precioso monumento no ha sido hasta ahora reconocido con propósito literario: sin embargo, por los años de 1785 lo recogía y trasladaba á sus *Memorias y Disertaciones* sobre la Iglesia de Toledo el muy diligente don Felipe Fernández Vallejo, dignidad primero de la misma catedral y después arzobispo de Santiago. Inéditas hasta ahora las *Memorias y Disertaciones* referidas, sólo han podido ser consultadas de muy pocos eruditos, debiendo nosotros esta fineza, como otras de igual género que en sus lugares notaremos, al señor don Juan Antonio Gallardo, sobrino y heredero del celebrado bibliógrafo don Bartolomé José, quien había tenido la fortuna de adquirir el Ms. de Fernández Vallejo. Este docto prelado copió los versos, que traslada á la *Disertación VI sobre las Representaciones poéticas en el Templo y la Sybilla de la noche de Navidad*, partiendo por sus hemistiquios los que aparecían rimados en ellos, y dejando íntegros los que llevaban la rima al final. Véase sobre este punto cuanto llevamos apuntado (tomo II, *Ilustr.* III, página 437 y sigs.) y diremos después.

mente la rusticidad, aspereza y extraordinaria vaguedad de la lengua, pobrísima todavía de giros, informe en la dicción, y cargada de voces enteramente latinas, á cuya ley parece también sujetarse el orden gramatical, si ya es que pueden señalarse en este punto determinados cánones. Formas artísticas y lengua advierten en estos monumentos que se halla la poesía vulgar en sus primeros albores, bien que auxiliada ya por la escritura, único medio que debía conducirla al terreno de la erudición, abierta así la senda de su perfeccionamiento.

Sólo alcanzaban la lengua, el metro y la rima á satisfacer la imperiosa necesidad del canto, teniendo por fiador y norte en cantores y oyentes el mal educado oído, y dándonos á conocer por la misma naturaleza de estas producciones que, lejos de acomodarse á un movimiento verdaderamente lírico, debieron seguir la pauta de las *prosas, salmos y antifonas*, entonadas por el clero, universal maestro del pueblo en aquellos días. Ni hay dificultad en admitir este aserto, cuando se repara en la índole de dichos poemas, comprendiéndose que hubieron de comunicarse á la muchedumbre las tradiciones piadosas que les sirven de fundamento, por medio de la misma Iglesia que las había conservado y transmitido hasta aquellos tiempos. Compruébase también tan importante observación, al tener en cuenta la extensión que iban tomando estos poemas, á semejanza sin duda de los escritos en la degenerada lengua latina; extensión que los sujeta á cierta recitación ó canturía especial, menos movida y pronunciada que la musical, destinada á las canciones ligeras y aun á los mismos *cantares de gesta*, bien que acaso más varia, irregular y caprichosa, por la discordancia métrica que parece resaltar en los referidos monumentos ¹.

Á estos caracteres exteriores, no indiferentes por cierto, cuando careciendo de datos positivos, se trata de reducir á época determinada obras, cuyos autores son desconocidos, deben añadirse otros internos, más decisivos sin duda para la estimación filosófica, pues que aun alteradas de todo punto las formas de expresión, todavía serían aquellos bastantes á revelarnos la sociedad

¹ Véanse las *Ilustraciones* IV y V del tomo II de la I.^a Parte.

que produce los expresados poemas. Y no nos detendremos ahora á considerar el modo cómo obedecen estos á la ley suprema del sentimiento religioso, fuente única de donde se derivan: la ingenuidad de las ideas, la candidez infantil con que se exponen y narran los hechos, la simplicidad exenta de toda malicia con que se hacen las descripciones, y finalmente la credulidad que esas mismas narraciones revelan, así en el poeta como en el público, á quien destina sus cantos, son todos accidentes que están dando testimonio de la venerable antigüedad de esos monumentos, imprimiéndoles cierto sello primitivo, que dominando su exterior rudeza, les comunica y presta extraordinario interés, trasportando nuestra imaginación á tan remotas edades. Verdad es que no es dado á estos cantos reflejar las costumbres políticas y militares del pueblo castellano, privilegio alcanzado solamente por los poemas heróicos, de que más adelante trataremos; pero en cambio nos ministran amplia idea de la influencia que, andando los tiempos, debían tener las costumbres religiosas en las obras de la literatura española, y nos llevan á conocer bajo su más genuino aspecto la interpretación que hacían nuestros mayores de los misterios y tradiciones piadosas del cristianismo.

Sin duda al apreciar esta última relación de las creencias, no faltará quien condene, como supersticiosas y aun allegadas al fanatismo, así la credulidad como la excesiva confianza que en la sociedad entera presuponen los mencionados cantos. Mas sea como quiera, lo que únicamente probaría este juicio, y lo que en realidad nos importa observar aquí, es que la relación entre los monumentos, de que tratamos, y la sociedad, que los produce, no puede ser más exacta, dándonos por tanto seguridad de la época en que parecen haber sido escritos. Para nosotros es indudable que si estos poemas religiosos no preceden en mucho tiempo á los que en lengua vulgar fueron consagrados á transmitir á las generaciones futuras la memoria del Cid, no pueden tampoco ser considerados como posteriores; porque no solamente lo convence así la historia de las formas artísticas, tal como la dejamos considerada, al estudiar sus orígenes ¹, sino que nos prestan igual enseñanza todas

¹ Véanse muy particularmente las *Ilustraciones* III.^a y V.^a del tomo II.

las cualidades internas, que dejamos mencionadas. El breve análisis de dichas producciones justificará sin duda nuestros asertos.

Distinto es el asunto de los poemas que se refieren al nacimiento del Salvador, si bien parece á primera vista ser el mismo. El *Libro de los tres Reyes d'Orient* no justifica el título, con que se ha trasmitido á nuestros días: anunciando el poeta á los lectores que vá á referirles la historia de los indicados reyes, segun *muchas veces la oyeron contar*, expónela como preliminar á la del buen ladrón Dimas, que halla en el Calvario la salvación de su alma, al demandar á Jesús el perdón de sus pecados. Conducidos por la estrella de Oriente, llegan, en efecto, á Betlen los reyes magos, dirigiéndose á Herodes, para que les muestre dónde se halla el Hijo de Dios: ignorábalo este rey; y sorprendido por aquella novedad, *fiz semblante quel plaçie*, rogando á los magos que fuesen á buscarle y le comunicaran el lugar donde le encontrasen, á fin de ir á adorarlo. No satisfechos de aquella fingida alegría, dejaron los reyes magos la ciudad de Betlen, apareciéndoseles de nuevo la estrella, que los conduce al humilde albergue,

Dó la Gloriosa era, | el rey del çielo et de la tierra ¹.

¹ Debemos advertir que escribimos los versos de este poema y los de la *Vida de Santa Maria Egipciaca* tales como se hallan en el códice escurialense segun se comprueba por el facsímile núm. I. El señor don Pedro José Pidal, que los dió á luz en 1841, dividió los referidos metros por el primer hemistiquio, formando dos de cada cual, y reprobando la opinion de Rodríguez de Castro, que conservó en su *Biblioteca Española* la forma primitiva de estos versos (tomo II, pág. 503). Como el señor Pidal no se sirvió dar razon alguna que convenza de la exactitud de su dictámen, y como por otra parte hallamos en la manera de escribir dichos versos la tradicion popular de los llamados *leoninos*, rimados, como estos, en el primero y segundo hemistiquio, nos ha parecido acertado y conveniente trasmitirlos á nuestros lectores en la forma original del Ms.—Sobre lo que respecto de este punto decimos en la *Ilustracion* III del tomo II, parécenos que justifica tambien esta resolucion nuestra el estudio artistico del poema de los *Reyes Magos*, descubierto en la Biblioteca Toletana: en él se hallan mezclados los versos *leoninos*, de la extension y estructura de estos, con los exámetros y pentámetros rimados al final, lo cual no hubiera nunca podido hacerse, á considerar los *leoninos* como versos cortos pareados. La division, ensayada por el señor Pidal, puede refe-

Llenos de gozo y humillados ante el Niño Dios, le ofrecen sus preciados dones, y *cumplidos ya sus mandados*, se restituyen á su patria por otro camino [*por otras carreras*], dejando así burlada la maliciosa esperanza de Herodes. Airado este al saberlo, convoca sus vasallos, y les manda degollar todos los niños de su reino:

Quantos ninyos fallar podredes | todos los descabeçedes.

Su tiránico y bárbaro decreto fué ejecutado cruelmente, no careciendo de cierta melancolia y ternura este pasaje del poema:

Quantos ninyos fallauan | todos los descabeçauan:
Por las manos los tomauan, | por pocos que los tirauan;
Sacauan á las vegadas | los brazos con las espaldas.
Mesquinas!... qué cuytas vieron | las madres que los parieron!...
Toda madre pued' entender | quál duelo podrie seyer:
Que en el çielo fué oydo | el planto de Raché ¹.

Un ángel se aparece entre tanto á Josef, esposo de Maria, y le anuncia en sueños el peligro que amenaza á Jesús, previniéndole

rirse con igual razon á todos los metros de este género, debidos á la literatura latino-elesiástica. No olvidaremos sin embargo que en algunas inscripciones sepulcrales del siglo XIII llegaron á partirse, como el señor Pidal propone; pero la incuria ó ignorancia del lapidario no debe servirnos ni de ejemplo ni de disculpa para apreciar ahora las formas artísticas de estos venerables monumentos.

¹ Digno juzgamos de ser trasladado á este sitio, para que puedan nuestros lectores formar por sí entero juicio de la manera cómo se establece y perpetúa la tradicion literaria, el pasaje en que Gonzalo de Berceo, primer poeta erudito, cuyo nombre llega á la posteridad, pinta este mismo suceso en sus *Loores de Nuestra Señora* (copla 38). Así escribe de los niños inocentes:

Quando los degollavan, | cada uno lo puede veer,
El planto de las madres | quánd grande podrie seer:
Como dice Iheremias, | que bien es de creer,
En Ramá fué oydo | el planto de Rachel.

La semejanza no puede ser mayor: Berceo, que habia logrado someter la metrificacion á leyes más seguras y regulares, altera como el autor de los *Reyes d'Orient*, la última rima, para conservar íntegro el pensamiento.—Este es uno de los contados casos á que en otra parte hemos aludido, al notar que el cantor de Santo Domingo y de San Millán usó alguna vez rimas imperfectas (*Ilustracion* III del tomo II, pág. 441).

que huya á Egipto con ambos, segun lo mandaban las Escrituras [el scripto]. Obedeciendo Josef el celestial precepto, dirígese á aquella region, encontrándose por desgracia con dos salteadores,

Que robauan los caminos | et degollauan los pelegros:
Qui alguna cosa traxiese | non á aver quel' valiese.
Pressos fueron muy festino; | sacáuanlos del camino.

Al dividir entre sí la presa, propone el ladron más fuerte y desalmado partir en dos al niño Jesus, diciendo:

Des y partamos el más chiquiello | con el cochiello.

Asombrado el otro de semejante crueldad, bien que no atreviéndose á contradecirle, procura dar largas á la ejecucion de aquel mal pensamiento, y aprovechándose de la circunstancia de ir ya anocheciendo, logra llevar á su casa á los afligidos caminantes, que son recibidos cordialmente y agasajados por la mujer de aquel caritativo bandido, mientras feroz é inhumano pretende el primero atarlos de *manos et pies*, encerrándolos al propio tiempo para evitar su fuga.

Dios!... qué bien receuidos son | de la moger daquel ladron;
Á los mayores daua plomaços | et al ninyo tomava en braços;
Et façiales tanto de plaçer, | cuemo más les podie fer.

La uespeda nin come nin posa, | sirviendo á la Gloriosa.

Esta mujer solícita y cariñosa, cuyo carácter apenas apuntado, contrasta con el protervo que se atribuye al ladron, aparcerero de su marido, ruega á Maria que le permita bañar á Jesus, derramando abundantes lágrimas, mientras tenia al Salvador en sus brazos:

Desque el agua ouo assaz caliente, | el ninyo en braços prende:
Mientras lo banya, ál non fas, | synon cayer lágrimas por su faz.
La Gloriosa la cataua, | demandó l' por qué llorava.
Uespeda ¿por qué llorades? | Non mel' caledes, si bien ayades.
Ella dixo:—Non celaré, amiga: | ¿mas queredes qué vos diga?...
Yo tengo tamaña cueta | que querría seyer muerta.
Un fijuelo que auia, | que l' parí el otro dia.
Afelo allí dó jaz gafó | por mi pecado despugato.

Tomando la Virgen Maria al niño leproso, mételo en el agua,
Dó banyado era | el rrey del çielo et de la tierra,

y sacándole sano y limpio *como un cristal*, lo devuelve á su madre, que admirada de aquel portentoso, exclama llena de alegría que era sin duda Dios el niño que hacia tales milagros. Rebosando de placer, presenta á su marido el hijo sano (*guarido*) y enterándole de lo ocurrido, le obliga á tomar sobre sí la proteccion de sus huéspedes, poniéndolos en salvo en mitad de la noche y conduciéndolos á Egipto. Entre tanto tiene el mal ladron otro hijo; y educados ambos en la escuela de sus padres, diéronles tal celebridad sus crímenes, que cayendo en manos de Pilatos, fueron sentenciados á expiarlos en la cruz. Ejecutábase el suplicio el mismo dia, en que se consumaba la obra de la redencion del género humano; y colocado á la derecha de Jesus aquel mismo hombre, cuya lepra habia desaparecido, al ser lavado en el agua en que se bañó el Hijo de Dios, reconocia en él al Salvador del Mundo, y mientras se burlaba el mal ladron de su fé, obtenia la celestial recompensa. El hijo del ladron piadoso es Dimas: el hijo del salteador cruel y descreido es Gestas.

No es por tanto el asunto principal del *Libro de los tres Reyes d'Orient* el nacimiento de Jesus, ni la adoracion de los reyes magos: el pensamiento que en esta piadosa leyenda resalta, es digámoslo así, la apoteosis de la fé, virtud sublime que debía producir entre nuestros mayores innumerables maravillas: la fé de aquella madre que vé á Dios en el niño perseguido por la saña de Herodes, limpió á Dimas de la lepra que infestaba su cuerpo: la fé de Dimas, al ver á Cristo expirante en el último de los suplicios, purificó su alma de la hedionda mancha de los crímenes. Groseras y desaliñadas por demás aparecen á nuestra vista las formas exteriores de este peregrino monumento; pero si su metrificación, su rima y su lenguaje, imperfectos por extremo, pueden ser despreciables para los críticos que atienden sólo al follaje de los ornatos, no por eso perderá á nuestros ojos el precio que interiormente lo avalora, por más que únicamente descubramos en él remotos gérmenes de aquella riqueza de afectos y sentimientos que en siglos posteriores debía colmar las letras españolas.

Más dramático, bien que no menos venerable por la antigüedad que respira, es el poema de los *Reyes Magos*, descubierto

por nosotros en la biblioteca toletana ¹: su acción no parece exceder de la adoración de los Reyes ó de la degollación de los Inocentes, lo cual no podemos determinar con exactitud, por hallarse desgraciadamente incompleto. Nada hay en esta peregrina producción que pueda tenerse por narrativo: uno de los reyes magos descubre en el cielo la estrella misteriosa, que le anuncia el nacimiento del Mesías, y exclama:

Deus criador, cuál marauela! | non sé cuál es achesta strela:
Agora primas la è ueida: | poco tiempo á que es nacida.
Nacido es el Criador | que es de las gentes Senior:
Non es uerdat nin se qué digo: | todo esto non ual uno figo.
Otra noche me lo cataré; | si es uertab bine lo sabré.
Bien es uertat lo que io digo; | en todo en todo lo profijo.
Nin pued seyer otra senyal: achesto es et non es ál.

Asegurado ya de que la predicción de las Escrituras se ha cumplido, prosigue:

Certas, nacido es in tierra | aquel qui en pace et en guerra
Senior á á seyer da Oriente | de todo hata in Oçidente.
Por tres noctes lo ueré | et más de uero lo saberé.

.....
Tal strela non es in celo: | desto so io bono estrellero:
Bien lo veyo sines escarne: | uno home es nacido de carne,
Qui es senior de todo el mondo, | así cuemo el celo es redondo.

Dispuesto á seguir la estrella, que examinada por tres días, le produce una y otra vez el mismo convencimiento, se le presenta

¹ Cuando tenemos ya en prensa el presente volumen, llega á nuestras manos un *Discurso acerca del drama religioso español antes y despues de Lope de Vega*, leído por el distinguido escritor don Manuel Cañete en la junta pública, celebrada por la Real Academia Española en 28 de setiembre de 1862. En este docto escrito se hace mención del poema de que tratamos, refiriéndose á las *Memorias y Disertaciones*, antes citadas, del arzobispo Fernandez Vallejo (págs. 10 y 11). Aunque el señor Cañete no ha examinado el original, de que hemos dado ya cuenta, nos complacemos en celebrar aquí la diligencia que ha puesto en ilustrar su trabajo con este y otros datos, peregrinos para la generalidad de los lectores. La copia que del poema ofrecemos en las *Ilustraciones*, fue sacada por nosotros del original en el verano de 1849, sin que tuviésemos entonces noticia de las *Memorias y Disertaciones* de Fernandez Vallejo.

el segundo rey mago, dirigiéndole esta pregunta:

Deus uos salue, Senior: | ¿Sódes vos strelero?
Emostatme la uertat: | de uos sabélo quiero.

Á poco sobreviene el tercero, deseoso de consultar la misma duda; y siendo aquel preguntado nuevamente, replica del siguiente modo:

—Seniores á mannana | quiero andar.
¿Queredes yr comigo | al Criador rrogar....
—¿Auedeslo veydo?... | Io lo uí sines dubdar.
—Nos ymos otrosy | sil' podremos falar.
—Andemos tras el strela; | ueremos el logar.
—¿Cuémo podremos prouar | si es home mortal,
Ó si es rey de tierra, | ó si çelestial?...
—Queredes bien saber | cuémo lo saberemos?...
Oro, mirra et açenso (sic) | á él ofreçeremos.
Si fuere rey de tierra, | el oro querrá;
Si fuere home mortal, | la mirra tomará;
Si rey celestial, | estos dos dexará,
Tomará el encenso | quel' pertenecerá.
—Andemos, é así l' fagamos | logo sines dubdar.

No sin dar á este rey las merecidas albricias, se ponen todos tres en camino: en la siguiente escena les sale al encuentro Herodes, dirigiéndoles en esta forma la palabra:

—Qué decides?... oydes? | ¿Á quin ydes buscar?
De cuál tierra venides | ó queredes andar?
Decitme uestros nonbres: | nom' los queredes çelar.
— Á mi disen Caspar;
Estotro Melchior, | ad acheste Baltasar.
Rey unic es nacido | ques Senior de tierra,
Qui mandará el seclo | en grant pace, sines guerra.
—Es así por uertat?... | —Sí es, Rey, por caridat.
Et ¿cuémo lo sabedes, | et aprouado lo auedes?...
—Rei, uertad te disremos | que prouado lo auemos.

Herodes despide á los reyes magos, despues de rogarles que vuelvan por su córte, luego que hayan adorado al Salvador; y entregándose á la desesperación y á la ira, prorrumpe:

¿Qui uió nunquas tal mal?... | sobre mi otro tall...
Aun non so io morto | nin só la tierra posto,

Rei otro sobre mí?... | Nunquas atal non uí.
 El siglo ía acaga: | ja non sé que me faga.
 Por uertat non lo creio | ata que jo lo veio.

Para aplacar sus dudas, llama á los sabios de su córte, juntándose en cierta manera de concilio sus *abades* y *podestades*, sus escribanos y gramáticos (*gramatgos*), sus estrelleros y retóricos. Interrogados por el rey, comienzan á exponer sus dudas, mostrándose desacordes en la interpretacion de las profecias; pero en este punto termina el Ms. de Toledo, siendo en verdad sensible que no poseamos por completo una obra poética, cuya significacion es de no pequeña importancia en la historia de las letras españolas.

Varias son, en efecto, las observaciones que su estudio nos sugiere. ¿Debe ser considerada simplemente como una leyenda piadosa, ó merece acaso ser vista como uno de aquellos *misterios* ó representaciones litúrgicas, con que sin duda desde los tiempos de San Isidoro atendía la Iglesia á despertar y tener viva en el ánimo de la muchedumbre la memoria de los portentos, obrados por el Salvador y de los milagros de los Santos?... Al reconocer en la historia de las fiestas y ceremonias del culto el empeño que puso la Iglesia en apoderarse de todos aquellos elementos del arte antiguo, que sobreviviendo á la ruina del paganismo, habian penetrado en el templo; al recordar el anhelo con que procura someterlos al imperio de las creencias cristianas, purificándolos de todo vestigio de gentilidad¹; al tener en cuenta los continuos esfuerzos de la misma Iglesia para excitar, enardecer y exaltar por todos los medios que estaban á su alcance el entusiasmo religioso, cuando era este el único fiador de la libertad de la patria, amenazada sin cesar por los sarracenos; al reparar por último en la insistencia con que ya á mediados del siglo XIII atiende el legislador á moderar los abusos y escándalos de semejantes espectáculos², bien podriamos admitir, apartándonos de los que en

1 Véase el capítulo X de la I.^a Parte.

2 La ley 34 del tit. VI de la I.^a Partida prohíbe á los clérigos mezclarse, como actores, y aun asistir á los *juegos de escarnio*, ordenando que no se hicieran en la Iglesia, al mismo tiempo que aprobaba la *representacion* de los

este, como en otros muchos puntos, nos hacen del todo tributarios de otras naciones¹, que sin salir del siglo XII se hicieron ya ensayos dramáticos en la lengua hablada por nuestros mayores, cuya devocion debian alentar principalmente los egemplos de santidad, amor y mansedumbre que encerraban aquellos *misterios*. Sin

misterios, teniendo por lícito que interviniesen en ella los mismos clérigos. Es además notable para las indicaciones que hacemos en este lugar, que el Rey Sabio habla expresamente de la representacion «de la Naçencia de nuestro Señor Jesucristo,» «de la Adoracion de los tres Reyes Magos» y de la «Resurreccion del Salvador,» prueba inequívoca de que todos estos misterios eran generalmente conocidos, cuando se escribe la ley de Partida. Ocasion tendremos de volver sobre esta materia.

1 Reparable es por cierto que escritores tan doctos como lo fué Moratin, no pudiendo descubrir entre los árabes y los provenzales los orígenes del teatro español, hayan ido á Italia para traernos de allí forzosamente los *misterios escénicos*. «No es posible (dice) fijar la época en que pasó de Italia á España el uso de las representaciones sagradas», etc. (*Orígenes del Teatro Español*, pág. 154 de la ed. de Rivadeneira). Mas si no nos constara que durante la dominacion visigoda se celebraban ya dentro de los templos saltaciones y otras fiestas profanas, que fueron vedadas desde el tercer Concilio Toledano; si nos fuera desconocido el cuidado que empleó la Iglesia para excitar el entusiasmo religioso de la muchedumbre, más necesario en España que en otra nacion alguna, podriamos tal vez admitir este no justificado aserto, que hacia á la Iglesia española en cierto modo tributaria de la italiana. Pero cuando, al fijar la vista en la época en que dicho uso pasó á España, observa el referido Moratin que «puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo XI se empezarian á conocer en nuestra península» las representaciones sagradas, no podemos menos de observar que sólo á fines de aquel siglo comenzó á tener el *rito galicano* influencia en nuestro suelo, siendo imposible que su liturgia llegara á generalizarse con la rapidez que se habia menester para que en el mismo siglo hiciera aceptables esas representaciones á un clero que se habia opuesto en masa á la derogacion de su antiguo rito. Si esto era humanamente irrealizable, dado que con la liturgia galicana vinieran los referidos misterios escénicos; y si hay motivo para suponer que en el siglo XI se hicieron por el clero español algunos ensayos dramático-religiosos, claro y demostrado nos parece que este uso tenia en la península propias raices, siendo su rehabilitacion un fenómeno que se opera casi al propio tiempo en todas las naciones meridionales, y concurriendo en España causas tal vez más poderosas para darle vida y consistencia. No olvidemos el egemplo de San Isidoro.—El diligente Fernandez Vallejo puso sin embargo este poema en el siglo XIII.